

# UN EPISODIO DE HACER UN CUARTO DE SIGLO

★ ESE ERA DON PEDRO FIGARI. — Un señor muy entrado en años que llegó a Buenos Aires huyendo de la incomprensión y de la acidez de un Montevideo aldeano, para mitigar los dos grandes dolores que acababan de herir su alma, grande como su cuerpo: el arrebato cruel de una doncella en su edad en flor; y después el alejamiento torpe de aquella Escuela Industrial que él había transformado con recursos de taumaturgo, en magníficos talleres de artesanía.

Guardaba muchos proyectos en sus bolsillos. Amigos, allá en la orilla tan vecina en distancia y tan alejada en la creación artística, no tenía. Políticos, no conocía. Mecenas del Arte, ya no eran de esos días. Y dinero llevaba escaso para el diario vivir.

Allá después en otro cuarto de la calle Charcas fué olvidando sus planes preconcebidos para su nueva vida: quizás abrir un bufete de abogado, lleno de capacidad y de experiencia; quizás crear una gran escuela moderna de artes aplicadas con los ensayos de la Escuela Industrial; quizás iniciar una empresa del mueble y de la decoración moderna con el auxilio del hijo, flamante arquitecto; quizás... quizás... Y mientras tanto, en el dulce olvido, empezaron a surgir, de a chorros, sus nuevos cartones.

Una mañana Don Pedro se despertó afebrado. Alarma entre sus hijos. ¿Qué hace? ¿Llamar a un médico? ¿A quién?...

Vecino de barrio, ahí, junto a la plaza San Martín, alguien había visto la chapa de un doctor, el Dr. Prins, con un nombre que sonaba a conocido. Al rato el Dr. Prins estaba junto a la cama del enfermo. Pero allí, en las paredes del cuarto, había una serie de cartones con todos los nuevos compañeros de Figari: sus negros, sus gauchos, sus chinas, sus quitanderas. Y el Dr. Prins, turbado entre el contar el pulso del enfermo y el mirar furtivo hacia las paredes, no atinaba con el diagnóstico. Felizmente el mal no ofrecía alarmas. Y así, después de la aspirina y la tisana, entre temeroso y apocado, el médico tocó el tema de la pintura. Y lo tocó con verdadero acierto, él también hombre de gran cultura que cortejaba a ratos perdidos, las artes plásticas. Y aquí sí creció el asombro del gatico, pues Don Pedro, levantado de su abatimiento, se lanzó con aquella fluidéz de su palabra empapada en sonrisas, al pintoresco relato del nacer de su pintura.

Ya en la calle el Dr. Prins, restregándose los ojos para saber si aquello que había visto era verdad o alucinación, se fue a casa de un amigo pintor. No recordamos cual. Después a otro. Y al rato a casa de quien nos hiciera el fiel relato de esta historia: a casa de Alfredo González Garaño. Como un reguero de pólvora corrió por todo Buenos Aires el cuento del médico y del pintor. Allí, cautelosos e incrédulos, fue desfilando ante los brillantes cartones de Figari, toda la "élite" de la intelectualidad porteña. Y aquel grupo naciente de Martín Píerro, lleno de audacia y de empuje juvenil, buscando los jugos de una selva indígena para su alimento, fué el primero seducido por la nueva pintura. Allí pasaron — y llegaron después entrañable amistad — los Güiraldes, padre e hijo; los dios González Garaño, Alejo y Alfredo; Victoria Ocampo, Oliverio Girondo, Raúl Monsegué, Martín Noel, Mujica Láinez, y tantos otros. Y así, de la noche a la mañana, el nombre de Figari empezó a brillar alto y nuevo en el difícil escenario porteño.

Recién llegado, fué en la calle Charcas, rodeado de sus hijos, donde empezó a gestarse la más maravillosa aventura del arte plástico que haya conocido América. Y una de las más extrañas y apasionantes de la historia del arte universal.

Empezó a gestarse decimos, mal. Porque ya aquí, cuando los dos golpes inesperados hirieron su alma, aquí, para darse al olvido consolador, ya se había encerrado, así, bien encerrado entre paredes y cerrojos en un attillo de la calle Misiones, para pintar sin descanso. Para pintar caudalosamente, como un río saliente de madre coplando placidamente el cielo, cubre en sus orillas las amargas realidades cotidianas.

Vinieron después las exposiciones, los juicios críticos, los reportajes. Y al poco rato el ansiado viaje a París. Pasamos así al segundo acto de esta historia. Figari vivía en un taller en la "Place du Pantheon N° 13" con su hijo Juan Carlos, secretario, ayudante, colaborador y crítico de la obra del padre. No muy lejos de allí, y como una prolongación de este pequeño hogar, estaba el dulce hogar de González Garaño y de Marieta, su compañera que aparecía siempre con su abierta sonrisa guarnecida de rosas y de jazmines, igual como la había pintado — interpretado — el pintor catatán Anglada Camarasa en un gran cuadro, luminoso y primaveral que figuraba y figura aún al frente de ese museo recoleto que es siempre la casa, donde viven.

Alfredo González Garaño, un alto representante de esa generación ya nombrada que marcó uno de los puntos más firmes de la creación argentina, había transportado a orillas del Sena su casa de Buenos Aires, con sus amigos, sus obras de arte, sus cuadros, sus estatuas y sus libros. Había creado un vivo rincón porteño, en difícil dualidad, enriqueciéndolo con lo mejor que ofrecía ese epicentro artístico que fuera entonces, y sigue siendo, París. Allí concurren en largas tertulias, gentes de Argentina y gentes de Francia; y personalidades de Latino América y de España.

Allí, en esas y en otras tertulias almacenó un rico anecdótico literario del cuarto de siglo transcurrido, que esperamos algún día se escape de su encierro y se dé a la glosa o al ensayo. De allí sale hoy este relato que un día nos hiciera.

Entre los más asiduos centurios de ese hogar, se encontraba el filósofo español Ortega y Gasset. Una amistad estrechada en Buenos Aires, se había vuelto mas continua y efusiva en las tardes de París. Entre los temas literarios, filosóficos y artísticos, uno de los más porfiados con que González Garaño asediaba a su docto huésped era el de Figari. Y el ataque solía ser demoledor, llevado dos contra uno, Marieta y Alfredo contra el incommovible filósofo. Así cargaba el anfiteatro sus dulces y lentas palabras de todos los elogios y todos los argumentos artísticos, auxiliado por la rehemencia de la compañera, mientras buscaban en la presencia abrumadora de innumerales cuadros colgados de las paredes el impacto artístico, definitivo y convincente. El maestro era de hielo. Y al mirarlos le hacía ascos a los negros canchombos, a los gauchos, a las chinas y a los caballos desgonzados. Y al final, ya sin argumentos, respondía con sorna, entre risas y chistes: "Déjenme Vds., por Dios, de su amigo Figari".

Una noche, alta la hora, sin-

tió Marieta que tocaba insistientemente el timbre de la calle. Despierta al marido: "¿Quién llamará a estas horas?" "¿Quién puede ser, aquí en París?" En "robo de chambre", puesta apresuradamente, sale al vestíbulo González Garaño. ¿Quién apareció con su pálida figura detrás de la puerta? El filósofo, el filósofo sonriente e iluminado, como un párvulo escapado de una juega estudiantil. "¿Vengo de una fiesta literaria, le dice, donde conocí a su

amigo Figari. ¡Qué hombre extraordinario! ¡Qué cabeza! ¡Qué manera nueva de pensar!" Y así, entre vehementes elogios, siguió después otra tertulia nocturna, Marieta siempre presente, hasta el primer albor sobre los vecinos techos de pizarra.

No concluía el filósofo de hacer el elogio del hombre, de la fresca mentalidad de un viejo, del contorno nuevo y original del pensamiento de Figari. Eran tres los personajes de esta escena en la quietud de la noche. Pero junto a ellos, y colgada de las paredes, había una turbamulta regocijada que se unía al gozoso relato. Parecía que hasta se escapaba de los marcos, dejando de bailar los candombos, acallado el tamboril, las chinas acercándose recelosas y los gauchos desconfidados formando círculo ante el pequeño centro artístico. Y allá lejos, en la pared del vestíbulo, uno, entre orgulloso y altanero, "El gaucha Candiotti", era el que más luchaba por desatar del marac

Llegó la hora de partir, des-

pués de este glosario nuevo del discutido Figari. Cuando se calló el filósofo, recién percibí el cucl'cheo que venía rozando las paredes. Pero é no volvió los ojos. Estaba ya en el vestíbulo cuando el gaucha Candiotti más osado y más ladino, parateció cruzarse al paso. Entonces el filósofo no pudo menos que mirarlo, como lo había mirado otras veces, entre desdénos y despectivo. Lo que se dijeron en ese corto diálogo, no lo sabemos. Pero González Garaño, que en ese fin' ganada su partida en este el pintor Figari, atinó una tímida pregunta: "¿Y sus cuadros?" "Ah! por favor, su pintura, ¡no!" dijo Ortega y Gasset, ladeando al gaucha Candiotti, rodeado de sus culpas. "Yo he venido a hablarle del Figari filósofo, del Figari pensador americano, y no del pintor", añadió Ortega y Gasset al alejarse, mientras el desaliado livadía de nuevo el espíritu del fiel amigo, de González Garaño derrotado una vez mas en esta lucha imposible por hacer ver lo que el filósofo no podía ver, ni podría nunca ver.

## CUATRO COSAS PARA EL AÑO 1956

(Viene de las Págs. Centrales)

rael y los Países Árabes. Si esto sucede, como puede muy bien suceder, tendremos allí una de esas guerras vicarias que las grandes potencias promueven o alimentan, a falta de medir ellas mismas sus fuerzas mano a mano. El tipo de esta clase de guerra vicaria fué la de Corea.

Es verdaderamente lamentable que las pequeñas potencias sean víctimas de estas intrigas de las grandes y se desgarran y desangren a causa de los intereses de las naciones mayores. Pero así es. Corea fué arruinada y sangrada de un modo que espeluzna y sigue tan desunida como antes de 1950. ¿Correrán la misma suerte árabes e israelíes?

Si los gobernantes israelíes y árabes tuvieran un mínimo de buen sentido semejante desastre. Pero ya sabemos que es mucho pedir.

Sin embargo, es la verdad que el conflicto tampoco en este caso puede conducir a nada. No es concebible que Israel sea abandonado a su desaparición ello aparte de que nadie está en condiciones de prever la suerte de la campaña. Israel es, sin duda, una cuña extraña al cuerpo de las naciones árabes donde se ha instalado. Pero su presencia actúa, en el tondo, como incitante favorable para el desarrollo de sus vecinos árabes, a los que obliga a modernizarse y a ponerse a tono con las exigencias de los tiempos. Israel es, positivamente, un factor de progreso en aquella zona. Tolerar su subsistencia no hace daño a las naciones islámicas e incluso, por el contrario, las beneficia en cuanto contribuye a evitar que se desunen porque tienen un enemigo en su vecindad que las fuerza a conservar cierta cohesión. Los enemigos pueden ser tan estimulantes y convenientes como los amigos y probablemte más.

Pero, en fin, esto no es más que razonar, y los razonamientos poco pueden frente a las pasiones. Por el momento estamos en presencia de una de las maniobras más condenables que se hayan hecho, desde el fin de la primera guerra mundial, para encender un conflicto sangriento entre pequeñas naciones a causa de las intrigas de las grandes.

### La declinación de Adenauer

Hemos visto, pues, que los campos de maniobra con más latitud para que puedan medirse las diplomacias occidentales y la soviética están en el Extremo y en el Cercano Oriente. En Europa queda ya poco que hacer por el momento.

La zona movable europea estaba en Alemania, otro de los países partidos por la línea divisoria entre las dos ideologías enemigas. Pero en Alemania no hay posibilidad alguna de cambios dentro de los supuestos que plantean uno y otro bando. No habrá unidad alemana mientras Bonn sea hostil a Moscú.

Las últimas declaraciones soviéticas respecto a la unidad alemana han acabado como un hachazo con las ilusiones del canceller Adenauer, si bien el anciano estadista replicó, como de costumbre, ignorando la realidad de las cosas. ¿Por cuánto tiempo podrá seguir ignorando esa realidad?

Moscú le ha dicho a Alemania: "No tenemos ningún motivo para entregar a Alemania Oriental en manos de nuestros enemigos". La declaración soviética alude, además, más, no ya sólo a las cuestiones internacionales propiamente dichas sino, también, a su deseo de evitar que desaparezca el régimen comunista de la zona controlada por el comunismo. "No queremos que vuelvan los capitalistas a Alemania Oriental". En tales condiciones no parece factible negociar. Esto perfectamente claro que Alemania continuará dividida. Lo había previsto. No creemos en la unidad alemana. Nadie, fuera de los alemanes, tiene bastante interés en hacerla y menos que nadie Moscú pues la unidad alemana, aun en el mejor de los casos, suscita el pleito de los territorios de Este anexionados, y en vez de apaciguar esa zona levantaría otro avispero de luchas y rivalidades. Para que la Unión Soviética soltase su zona tendría o bien que recibir compensaciones o sucumbir a una amenaza de empleo de la fuerza. Las compensaciones no se han visto ni se han ofrecido; las fuerzas no hay nadie que se atreva a esgrimir abiertamente. Es insensato pensar que las naciones europeas se jueguen la existencia para restaurar la unidad alemana. Esto que prueba sólo una cosa: que si le hubiesen tomado la palabra a Moscú cuando ofreció restaurar la unidad alemana sin más condiciones que la neutralidad alemana quizá hubiesen hecho en Washington, en Londres y sobre todo en Bonn, el mejor de los negocios. El argumento de que una Alemania neutral llevaría el comunismo al Rin es una de las tonterías más solemnes y menos inteligibles que se hayan dicho alguna vez en política internacional. Resulta imposible enterarse de las razones serias y objetivas en qué se funda. Una Alemania neutral pero armada y garantizada por las grandes potencias, no sería menos fuerte, realmente, ni menos anticomunista que esta otra Alemania incorporada al campo occidental en el papel, pero en realidad dividida en cuerpo y alma y ligada a naciones e intereses que no son alemanes y que el pueblo alemán no puede sentir como propios. Nuestro temor es que Moscú, por mucho que diga, no sienta, en el fondo de su corazón, ningún deseo de permitir la unidad alemana si siquiera con una Alemania neutral que, ciertamente, sería más temible para ella y más sólida barrera contra el comunismo que esta otra media Alemania de Bonn, regida por el canceller Adenauer.

Prevemos para el año 1956 la declinación manifiesta del canceller en beneficio de los socialdemócratas y de los demás partidos contrarios a la política de Adenauer.